

La Arcadia en huelga
Federico Engels
5 de junio de 1872

(Tomado de R. Dangeville (edit.), Marx y Engels, *El sindicalismo*, Tomo 1, Editorial Laia – Ediciones de Bolsillo, Barcelona, 1976, páginas 221-223; también para las notas. R. Dangeville no indica nada sobre este texto, provisionalmente entendemos que se trata de una serie de correspondencias y, por tanto, reproducimos la nota informativa sobre el texto de la primera de ellas. Engels envió esta correspondencia a Bignami, a fin de que fuera publicada por el diario *La Plebe*. El objeto evidente es el de informar a los obreros agrícolas italianos, cuyas condiciones sociales se parecían no poco a las de la agricultura inglesa, de la experiencia del movimiento sindical y social de Inglaterra.)

Londres, 5 de junio de 1872

El movimiento socialista se había adormecido por un momento entre los campesinos del centro de Inglaterra, en el condado de Warwick que comprende ciudades como Coventry y Birmingham, pero ya da por varios sitios muestras de su despertar. *Los trabajadores del campo, demasiado felices*,¹ no se daban cuenta de su felicidad, y reaccionaron. ¡La Arcadia en huelga; qué extraño espectáculo! Una especie de pastoral de género completamente nuevo y de una poesía singular, emotiva por su realismo. Ello constituye también un signo de los tiempos, y de los más graves, por cierto: el campesino ocupa su puesto al lado del obrero en el mundo consciente y emancipado, algo nunca visto.

Hasta ahora, la protesta de los pordioseros, de los proletarios, de los hambrientos había sido pasiva. El cortejo interminable de familias harapientas se perfilaba un día tras otro sobre el horizonte dorado de la *high life* inglesa, imagen sombría que reproducía la horrible linterna mágica del hambre. Eran los *fenians* irlandeses enterrados por quienes, todavía por unos instantes, podían mantenerse apenas en pie. Eran los hombres embrutecidos por la miseria más servil; eran las mujeres que maldecían el país que las había visto nacer; eran los niños que jamás aprendieron a balbucear el nombre de su suelo natal. Era la protesta silenciosa de la emigración. Pero desde entonces la escena ha cambiado no poco. El campesino se acuerda de que es un hombre y quiere seguir siéndolo, de manera que reclama su parte de pan, de dicha y de vida.

El movimiento, si se desarrolla uniforme y simultáneamente, será terrible y luego habrá de recurrirse, se quiera o no, a represalias sangrientas contra los levantamientos: el arco de la paciencia de las masas está ya demasiado tenso... ¡Cuidado, no se ejerza sobre la cuerda la menor presión!

En este momento, una corriente de simpatía por sus hermanos del campo gana a los obreros de las ciudades. Es el anuncio del comienzo de la marcha final.

El telégrafo se encarga de informar al mundo entero cada día de la cuestión del “Alabama”, y yo no voy a decir, pues, ni una palabra porque las noticias llegan antes que los comentarios. Pero lo que sí vale la pena es decir que los días del ministerio Gladstone están contados y que Disraeli acaricia ya la idea de volver al poder.

Edicions Internacionals Sedov
Serie Marx y Engels, algunos materiales

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es

¹ Engels saca esta expresión de las *Geórgicas* de Virgilio, II, 558, que dice: “*O fortunatos nimium, sua si bona norit, agricolas*”.